

RAZA Y PATRIA

(PREMIADA CON MEDALLA DE ORO)

Trabajo presentado al Concurso abierto
por el
Ateneo de El Salvador,
a iniciativa de la Comisión de Festejos
de la celebración
de "La Fiesta de la Raza" en el
CLXXVII aniversario
del descubrimiento de América

ALBERTO CASTRO GARCIA
ALIGHIERI

RAZA Y PATRIA

(PREMIADA CON MEDALLA DE ORO)

Trabajo presentado al Concurso abierto
por el
Ateneo de El Salvador,
a iniciativa de la Comisión de Festejos
de la celebración
de "La Fiesta de la Raza" en el
CLXXVII aniversario
del descubrimiento de América

ALBERTO CASTRO GARCIA
ALIGHIERI

023488

SAN SALVADOR
IMPRENTA NACIONAL
1920

S F 972.802
C 355.87

PROLOGO

ES el nombre de España, evocación de un maravilloso canto épico repetido en este día solemne, por todas las generaciones que llevan en sus venas, la sangre ardiente de la gran raza del Cid y Don Pelayo.

Todos los componentes del proceso histórico de España, son inmensamente luminosos, elevados, llenos de majestad e inmovibles cual monumentos de granito que resisten los embates del tiempo; o cual corazones que nunca supieron de cobardía y que en su afán de enseñar nobleza y heroísmo, fueron hasta los más increíbles sacrificios para ofrendar sus vidas en aras de los grandes ideales de la humanidad.

Y pues, si España y las repúblicas de América de origen ibero celebran con inusitado júbilo la magna fecha del 12 de octubre, ¿no sería justo y edificante que todas las naciones del mundo elevaran también un canto de amor y veneración a la raza española que celebra en esta magna fecha, una de sus más legítimas glorias? Aplausos debieran oírse por toda la extensión del orbe, para significar a España, la profunda admiración y gratitud que se siente por tantos y tan inmensos bienes procurados a la humanidad por el incansable y potente brazo de sus hijos, orgullo de una raza indomable.

¿Por qué no recordar que fué la raza altiva de España, formadora de pueblos, quien señaló el camino para llegar a la tierra prodigiosa de América, cúmulo sorprendente de los tesoros ambicionados por el hombre?

España, fuente de hidalguía, fecundo tesoro de arte, de vida, de ejemplos máximos de amor patrio; más grande que la Roma del Imperio y la República; tan elevada en sus inspiraciones de la belleza como la Grecia de Homero y de Pericles, tiene justos y merecidos títulos para competir gloriosamente en grandioso torneo de todas las actividades del pensamiento y de la noble acción, con aquel

pueblo que quisiese disputarle sus esfuerzos por la civilización universal.

Inclinemos reverentes la cabeza y acatemos el mandato de justicia de la verdad imperativa de la Historial

12 de octubre de 1919.

ALBERTO CASTRO GARCIA.

ACTA DEL JURADO CALIFICADOR

EN la ciudad de San Salvador, a las cuatro de la tarde del día cuatro de octubre de mil novecientos diez y nueve.—Reunidos los infrascritos miembros del Jurado Calificador de los trabajos presentados a los Juegos Florales a que ha convocado el «Ateneo de El Salvador», a iniciativa de don José A. March, Presidente de la Comisión Ejecutora de las «Fiestas de la Raza», que se verificarán el 12 del corriente mes, con vista de las treintitrés composiciones que, conforme a las respectivas bases han sido entregadas con la debida anticipación, después de ser previa y atentamente leídas, acordaron éstos: 1º. Adjudicar el primer premio a la composición intitulada *Canto a España*; el segundo al trabajo *Raza y Patria* y el cuarto al trabajo en que se desarrolla esta tesis: *Amor a la Madre Patria y el que debe existir entre Ella y sus Hijos los Indo-Hispanos*, firmados, respectivamente: Caupolicán, Alighieri y Tanteo.—2º. Declarar desierto el concurso respecto al tercer tema, consistente en medalla de plata y veinticinco pesos en efectivo para el mejor soneto «El Descubrimiento de América», por carecer de mérito suficiente los trabajos presentados.—3º. Conferir DIPLOMA DE HONOR a las composiciones firmadas «Araceli» y «Rosolis»; y 4º. Entregar las composiciones referidas al Secretario del «Ateneo de El Salvador». Manifestando en este momento el señor don José A. March, Presidente de la Comisión Ejecutora, que desea que el tercer premio se conceda a alguna de las composiciones presentadas, se acuerda: que dicho premio corresponda al autor del trabajo firmado Kórax. En fe de lo cual firmamos la presente acta que autorizan igualmente el señor Presidente de la Comisión Ejecutora y los señores miembros del «Ateneo de El Salvador» que están presentes.

(f.) José A. March.—(f.) Víctor Jerez.—(f.) D. J. Guzmán.—(f.) C. Velado.—(f.) A. Ramírez.—(f.) Juan Gomar.—(f.) José A. Menéndez.—(f.) R. García Escobar, Secretario del Ateneo.

DICTAMEN

En San Salvador, a las cuatro y media de la tarde del día cuatro de octubre de mil novecientos diez y nueve.

Con presencia de lo resuelto por el Jurado Calificador de los trabajos presentados al Concurso que ha convocado el Ateneo de El Salvador, en virtud de la iniciativa del señor don José A. March, Presidente de la Comisión Ejecutora de las Fiestas de la Raza, se procedió a abrir los sobres que contienen los nombres de los autores de las obras galardonadas en este torneo; y resultó que el autor del primer trabajo es don Carlos Bustamante; el del segundo, don Alberto Castro García; el del tercero, don Alberto Guerra T.; el del cuarto, don Pedro Flores; el del quinto, don Alfonso Espino y el del sexto, don Rafael García Escobar. En consecuencia se adjudican a los expresados señores los premios a que se refiere el acta correspondiente.

(f.) D. J. Guzmán.—(f.) Víctor Jerez.—(f.) C. Velado.—(f.) José A. March.

I

EL DEBER DE AMERICA

GENERACIÓN justiciera, inspirada en nuevos ideales de fraternidad, la nuestra, sabrá defender el nombre de España con aquel calor con que defenderíamos nuestros caros intereses espirituales.

Sobre el nombre de España se ha pretendido arrojar mucha sombra, se ha querido desprestigiar la fama de sus actos, sin pensar acaso que la naturaleza humana de que se componen los pueblos, tan incapaz de sujetarse a las normas de una sabiduría trasunto de suprema perfección, para acomodar el camino que debe seguir su vida a un plan impecable, cae por ser falible, en grandes aberraciones; pero con todo, los errores acrecen no ya en sus efectos, sino en la exagerada trascendencia atribuida por el empuje malediciente, que les prestan los espíritus acostumbrados a explotar sentimentalismos de muy malas consecuencias, más aún, cuando llega a faltar la verdadera entereza para defender los intereses calumniados.

España ha sido y es un pueblo que algunos genuinos pensadores y también gran número de escritores mediocres, han pretendido escarnecer, mediante una propaganda mil veces maléfica, por medio de la cual, se ha querido disfrazar la verdad en favor de intereses egoístas o en provecho de una fama personalista adquirida mediante el pecado de mentir en su forma varia; y a poco que nosotros en América yendo a las fuentes donde palpita la verdad, inmaculada e irresistible, nos hubiéramos dejado sorprender por este innoble afán, no sabríamos hacer, como ahora lo hacemos, en momento histórico excepcional, merecida justicia a la Madre espiritual de las repúblicas de América, que nacieron al calor de los ideales peninsulares.

El deber que nos imponemos es arduo, pero no pense-

mos ni siquiera por un momento en el sacrificio, si es que debemos tomar en cuenta que la justicia está sobre todos los actos humanos y que por mantenerla viva y eficaz, habremos de hacer un llamamiento a todas nuestras energías. Tampoco debemos dudar que al fin conseguiremos poner en pie firme la doctrina del acercamiento de América a España, desde luego que por este camino, llegaremos a compenetrarnos de la trascendencia que para nosotros los hispanoamericanos, traería una conducta de semejante naturaleza; y entonces comprenderemos perfectamente bien la obra colosal que culminó España, ya que ella alimentó con la sangre de su raza, la sangre de las razas de América y que, a su influencia se debieron los derroteros políticos, sociales y religiosos de nuestros pueblos.

Secundemos con verdadero patriotismo y sinceridad, el esfuerzo gigante que se lleva a cabo en la Península, tendiente a demostrar que España tiene derecho a recobrar la corriente de unión espiritual con América; y pues ya que España viene a buscarnos, sepamos corresponderla, porque nadie mejor que ella supo darnos las cualidades evidentes de su civilización, sus virtudes y sus heroísmos; y puede comprender con la experiencia adquirida durante más o menos un siglo de separación, cuáles son las tendencias nuevas de sus hijos, cuáles son los nuevos ideales que anhelan hacer triunfar y acoger los caminos radicales señalados por las avanzadas exigencias de la civilización y que irremisiblemente nosotros debemos seguir; y en suma, la solidaridad hispanoamericana constituiría, a no dudar, un bloque formidable en donde vendrían a estrellarse todas las absurdas pretensiones de tutelaje que en estos últimos tiempos, se han arrogado las razas enemigas tradicionales de nuestras libertades y de nuestra civilización.

• Se diría — dice Edmundo de Amicis — que España mira y juzga todas las cosas más bien como un pueblo americano que como un pueblo europeo; y que en vez de los Pirineos, es un océano el que la separa de Europa, mientras que un istmo la une a América*. Evidentemente así es, porque los sentimientos que predominan en España, están siempre a favor de aquellas entidades políticas que pertenecieron a la nación fuerte y poderosa, que llevó en triunfo su fama y su gloria por todo el mundo.

Y podemos estar seguros de decir que si la situación política entre las repúblicas hispanoamericanas y España hace ya poco más o menos, cien años que cambió radicalmente, no podríamos asegurar lo mismo en cuanto a la intensidad de los recuerdos que predominan tanto en España

como en América; porque en la Península, a medida que los años transcurren, a medida que el tiempo contribuye a derrotar viejos errores de críticos mal apasionados, reviven los días de la Conquista, los tiempos de tanto esfuerzo gastado en reducir, con las crueldades que en las guerras usan todos los pueblos, al indio americano, la incansable protección a los nuevos hijos de España, los conflictos que a cada momento se suscitaban en las Colonias y de la atención que se les dispensaban a los asuntos para resolver con presteza y ecuanimidad; y todas estas cosas las conocen en España y el recuerdo de la América virgen trae, para cada español, la visión del bisabuelo muerto con gloria en las tierras de promisión y quizá quienes tuvieron fortuna, conservan las riquezas en el bienestar de sus hijos. ¡Y cómo no amar la América que tiene infinidad de tumbas abiertas para sepultar a los gloriosos conquistadores que sucumbieron al empuje lógico de defensa que hizo de su suelo el indio de América? Correspondamos nosotros con entusiasmo y regocijo; unámonos a España, nosotros que llevamos en nuestro corazón nobleza española y en el alma las mismas visiones que tienen los hijos de la Península, que son nuestros hermanos.

Tengamos todo eso en cuenta y sepamos que para recordar a España, no tenemos derecho a erguirnos cual dioses vengadores en actitud amenazante, porque si errores tuvo la Madre Patria, en los tres siglos de dominación americana, la historia se ha encargado de juzgarlos; y más aún, porque España ha sido tan gloriosa en todas sus empresas, tan imponente y tan justiciera, que sus mismos errores son consecuentes naturales del rigor con que hacía eficaces sus esfuerzos por mantener incólume el renombre de la Patria.

Así pues, hagamos justicia estricta a los acontecimientos, para que lejos de avivar el fuego de una posible indiferencia y acaso de odio injusto con que los enemigos del puesto elevado que el nombre de España ocupa en nuestro corazón, hayan querido sorprender a los impresionistas, podamos alejar en la medida de nuestras fuerzas, las ideas que tiendan a prevalecer, encaminadas a negar justicia a la acción española en América y podamos conseguir el deber de acercamiento y solidaridad que entre América y España tenemos que cumplir.

II

LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA

Cuántos juicios—ya sinceros, ya apasionados,—se han hecho sobre España religiosa, España civilizada y civilizadora! Y sin embargo, la religión en los pueblos es el vínculo sagrado que une a los hombres para emprender las empresas que dan extensión a los límites de la Patria. España, desde mucho tiempo antes de la consolidación del gran reino, fue muy religiosa, muy creyente, muy sabia y creadora; sus hijos unidos por el vínculo sagrado de la fe, lucharon en la propia Península para engrandecer el nombre augusto del suelo patrio; y más tarde, se lanzaron a través de los mares para elevar hasta lo infinito la gloria del genio español. Y el mundo contempló el espectáculo de la extensión de los dominios de España y los reyes de nuestra Madre Patria pudieron alabarse de que la insignia del León Ibero, fuese llevada en triunfo desde el uno hasta el otro extremo del mundo.

¡Noble orgullo que delata la insigne grandeza de una raza, que ha sabido inspirarse en las fuentes de un sublime amor a la Patria y elevar sus anhelos, hasta donde ha podido desear el pueblo más grande de la tierra! c

¿No fué acaso una vasta monarquía la que gobernó el famoso rey Felipe II? El poder del monarca sombrío, llegaba a León, Castilla, Navarra, Viscaya, Nápoles, Sicilia, Granada, Cataluña, Mallorca, Minorca, Cerdeña, Jerusalem; Toledo, Valencia, Galicia, Murcia, Borgoña, Luxemburgo, Artois, Calabria, Austria, Sevilla, Holanda, Milán, Flandes, etc., etc. Y en medio de los grandes problemas que presenta una dominación tan inmensa como la de España, de aquellos tiempos, Felipe II atendía con bella delectación, con amor rayano en intenso idealismo, los ejercicios de la religión; e hizo levantar El Escorial, que es gigantesca obra de arte y que cual Meca legendaria, ha sido visitada ince-

santemente por infinidad de peregrinos, que buscan hondas emociones espirituales en la contemplación de las grandezas de España, que encierran elevada celebridad histórica.

Pero mucho tiempo antes que Felipe II, se levanta, emergiendo de entre la fama que se ha conquistado en los anales de la humanidad, el rey D. Alfonso el Sabio, que, en el gallardo sentir del maestro de la juventud hispanoamericana, José Enrique Rodó, es formidable cabeza, de donde brota, armada de todas armas, la minerva de una *civilización que se define y constituye*.

Cerebro fecundo,—D. Alfonso el Sabio—abarca las múltiples esferas del pensar; su obra, no es para conceptuarse en los límites de lo regular o natural: es extraordinaria. Ya debida a su propia concepción, o a la ejecución que encarga, que protege, que insinúa, es continuamente su personalidad la que se sobrepone. Lo demuestran el Código de Leyes que promulgó; su obra sobre los acontecimientos del hombre denominada la *grande e general Estoria*; y brindó también a la ciencia las *Tablas Alfonsinas* que es el producto de las observaciones verificadas bajo su protección en el mundo sideral. Y a la vez siente como genio que es, dilatar su espíritu por las sugerencias de la armonía y arranca a su estro poético las *Cantigas*. ¡Qué acción más fecunda y dilatada la de este «gigante espíritu»! Ejemplo maravilloso que descuella en la lejanía de los tiempos y que mueve a elevada admiración y profunda simpatía. Las ciencias y las artes; la política y la guerra, absorben el cerebro, el alma, la personalidad plena de este grande hombre que supo atraer a su Patria, luminoso renombre en las diversas expresiones de las humanas actividades.

Y tres siglos después, aparece en la escena del mundo, irradiando luz desde el solar de la Madre España,—personaje descollante al influjo poderoso del Renacimiento,—la personalidad de D. Diego Hurtado de Mendoza, exponente soberbio de la mentalidad española, cifra imponderable de la civilización hispana. El maestro Rodó, a quien hemos acudido en más de una vez, define con belleza ingénita de su particular estilo, esta figura: «cabeza para primores de estilo y para planes de gobierno, brazo para mandobles, ojo para cazas de altanería; el incomparable, el magnífico D. Diego: soldado, Embajador, gobernador de Siena, árbitro de Italia, verbo de Carlos V, cuya palabra hace retumbar en el Concilio de Trento por encima del pontífice romano; y cuya voluntad tiende en reyes sutiles alrededor de príncipes y repúblicas; y en el aspecto literario: humanista de la hora prima, inflamado hasta la médula de los huesos

en los entusiasmos de la resurrección de la belleza y del hallazgo de manuscritos preciosos, a quien el Sultán de Turquía manda una vez para retribuir cumplidos de Estado, seis arcas llenas de códices antiguos; poeta que lo mismo compone al uso popular que cultiva el endecasílabo de Garcilaso; escritor que reproduce en la historia pintoresca las tintas de Salustio, y enriquece la prosa castellana con la joya exquisita de *El Lazarrillo de Tormes*. Y en resumen, es D. Diego de Mendoza, «el hombre significativo y armónico del Renacimiento español».

¿No son éstas pruebas incontrovertibles del nervio y potencia de la civilización española? ¿Acaso los ejemplos que a cada paso se encuentran, no afirman y consolidan el criterio de que la civilización española ha demostrado su capacidad y trascendencia con verdaderas obras, con acción fecunda, dilatada e indestructible?

España, cuyos hijos siempre tuvieron el corazón ardiente y apasionado, cualidades que algunas veces llevan al abismo y otras encaminan a la gloria, se vió convertida al cristianismo con asombrosa facilidad; y la fe de Cristo fué amada con delirio; no era aquello sino el más edificante de los entusiasmos y con el crecimiento de la religión, una sed de sacrificios se despertó en aquella raza todo corazón y valentía.

Así como otros pueblos encontraron en la religión motivo o acicate que les llevó a la realización de los hechos memorables para beneficio de la Patria, en la religión cristiana fué en donde el nervio español encontró toda la fuerza y todo el aliento moral que necesitaba para dar cima feliz a sus grandes proezas. Así es como las armas que llevaban la civilización de España por todos los ámbitos del mundo, cubriéronse de gloria en el sinnúmero de empresas realizadas por los españoles y la inmortalidad hizo un puesto culminante para aquella raza que podía y hacía todo lo que cabe emprender al espíritu humano.

Los hijos de España, abrazáronse con divino entusiasmo a la insignia de las doctrinas de aquel que dejó escuchar de sus propios labios el Sermón de la Montaña, y fueron con ella a triunfar por doquiera, porque anhelaban hacer impecedero el nombre amado de la Patria: sólo por ese ideal sublime es que los héroes encarnan el nombre de todo un siglo y los mártires son venerados hasta la locura!

Las empresas de España abrazaron todos los órdenes de la actividad humana; raza fuerte y soñadora la ibérica, cultivó como sus hermanas de Italia y Francia, las ciencias, las artes, las industrias y en todos los campos de acción

en que dejó la impresión de su genio, se pueden comprobar las obras maestras que han dado fama y renombre a todo un pueblo y han maravillado a las generaciones que contemplan el prodigio de la ilustre raza hispana.

La excepcionalidad de la civilización española ha sido en todo tiempo motivo de serios estudios; sus leyes tan avanzadas en su propio nacimiento hasta el grado de que la legislación moderna en diversas ocasiones, ha encontrado en aquellas su inspiración; su literatura, maestra y exuberante; en fin, su arte, grandioso, han merecido el juicio sincero de sabios de todo el mundo. Doble satisfacción debe pues, causar al espíritu, la verdad de que la civilización española ha sido sabia maestra de muchos pueblos que en su nacimiento adoptaron sus normas y persistiendo en ellas, han obtenido victorias decisivas en la marcha evolutiva del hombre.

La civilización española, repito, es enteramente particular, excepcional en todas sus características; y ese mismo criterio puede llevarnos al convencimiento de que no es posible que como lo hubieran deseado los partidarios del extremismo,—que reclaman el todo o nada de las cosas,—criterio cruel e inconsulto que radica en los excéntricos fustigadores de pueblos y civilizaciones cuya fama es incommovible, Iberia encerrara en la vasta extensión de sus regiones la propia civilización latina que descubren llena de esplendor en los demás países de Europa, cuya lengua tiene origen en la del divino Virgilio. Y son todavía más injustos quienes fustigan a España,—yo no sé si pretenden vengar agravios,—al no querer por lo menos fijarse en la extensísima y efectiva obra formada por los españoles. Porque los hechos evidentes en este como en cualquiera otro caso, hablan con más eficacia que los decantados lirismos a que nos hemos venido acostumbrando. No nos apartemos de la verdad; fijémonos por donde quiera que vayamos y daremos siempre con algo que nos recuerde el nombre de España y que la celebridad histórica ha consagrado ya con su fallo definitivo.

Es naturalmente loable decir de Francia lo que es justo; nadie puede disputarle su fama y su gloria; y lo mismo debe hacerse con Italia, con Portugal, porque son pueblos ilustres que han hecho también inmensos beneficios a la humanidad; pero España, no puede ni debe ocupar un puesto secundario en el decir del crítico. España tiene su civilización genuinamente española; sus obras, sus maestros, sus monumentos; sus progresos, los pueblos por ella formados, ¿acaso pueden decir muy poca cosa de una civilización mil veces luminosa?

España tan grande como Francia en heroísmo, tan maravillosa como Italia en el arte, señora del mundo, en sus siglos de oro lo quiere todo y lo puede hacer todo. Mira al viejo Continente que prolonga su inmenso carro triunfal y siente el orgullo de ser admirada por doquiera; anhela genios del arte y su suelo aparece cubierto de reputación por el renombre de sus artistas; quiere genios de la literatura y obtiene para su gloria las más grandes del género humano y ambiciona un mundo nuevo para su corona, y he ahí que surge la América esplendente!

Debemos anotar justicieramente que España ha cumplido con todo un amplio deber de civilización; su vida tiene su génesis en tiempos antiguos y su nombre vino engrandeciéndose en el tiempo y mediante sus hechos gloriosos. Las ramas heterogéneas que descendieron de otras regiones del suelo de la Península, y que más tarde debido a urgencias creadas por la comunidad de intereses, acarreados por la civilización en el proceso evolutivo de los ideales que poco a poco viniéronse identificándose en aquellas ramas inmigrantes, formaron la poderosa monarquía de España, al transcurrir de los siglos. Y esta raza formada con gérmenes de otras razas luchadoras, fructificó en empuje soberbio hasta triunfar y brindar a la historia páginas de renombre inmortal.

III

RAZA ESPAÑOLA

El concepto de raza, juzgado desde todos los puntos de vista que tienen relación con la existencia de los pueblos y la trascendencia de los mismos, es traído y llevado a cada momento por escritores de nota de ambos mundos y que aseguran significa en su relación con los pueblos de la América Española, la corriente que trajo a las tierras de este lado del Atlántico, el germen de la vida de España, lanzado a la aventura por primera vez, en las frágiles carabelas de Cristóbal Colón; y los mismos escritores, insinúan al tratar de este asunto, un sentimiento de gratitud que adeudan los pueblos de la América Hispana a la raza española por haber unificado mediante la energía desplegada por la sangre caballeresca y fuerte de sus hijos, las razas dispersas de este Continente.

Y nada más justo de reconocer que, los conquistadores vinieron con los brazos abiertos a nosotros y que sólo nuestra dignidad encarnada en los indios de aquellos tiempos, pudo ocasionar el cruento derrame de sangre por ambas partes. Los españoles sin escrúpulos de ninguna clase mezclaron su sangre hidalga con la sangre india. ¿Qué resultados produjo esta acción puramente humana? Los hechos lo dicen mejor que las palabras: brotó de aquella unión una raza inteligente, mucho más sufrida que la virgen india y que la española mezclada en Europa, como lo pudo demostrar el hecho de que casi todos los caudillos más célebres de las revoluciones hispanoamericanas fueron hijos de las razas mezcladas, como lo han sido en la mayoría de los casos, los genios del pensamiento en hispanoamérica.

Con verdadera lástima hemos visto propalar la errónea creencia de que la raza española por su incapacidad y falta de energía para formar pueblos, es la que ha procurado

cierto estado de degeneración y deplorable atraso en que se encuentran algunos pueblos de la América española; y repito, que este concepto es sumamente mal fundado, porque está comprobado con brillantez que el conglomerado de civilizaciones que se adueñó de las tierras peninsulares mucho tiempo antes de las guerras con Roma, en plena edad antigua, tuvo que tropezar con la tarea difícil de encaminar por las vías eficaces que se necesitaban, las finalidades sustentadas por la aglomeración de pueblos adversos, mientras no podían unificarse por fuertes lazos de ambición y de poder para alcanzar un elevado ideal de dominación y de política mundial; pero cuando esta comprensión de intereses se presentó a las razas dispersas como un faro que ilumina el camino en medio de la tempestad, llevaron al terreno de la práctica todas las miras que concibieron como de natural realización para el cumplimiento de su destino; y apareció entonces la verdadera y genuina raza española con desconocido empuje y valentía, asombrando a los demás pueblos del mundo.

Los más abnegados patrocinadores del ideal ibero, siempre han estado de acuerdo con estas verdades y aseguran que los caracteres distintivos de una verdadera raza ibérica en cuanto a su concepción étnica, se han podido ver bien definidos en una serie brillante de siglos en que España fue la madre del arte, de la literatura y de la ciencia.

¿Qué, si en la mayor parte de los casos, «las circunstancias políticas» unen a pueblos que tienen en sus características fisiológicas marcadas diferencias? Fuera de la Península Ibérica en el siglo XVI, los milaneses, napolitanos, flamencos, tan lejos de España como los indios españoles en América, eran sin embargo, componentes de un gran todo político, que aun cuando podían haberse arrogado el prestigio de pertenecer a la raza española, no podían sentirse con legítimo derecho puramente españoles, porque los acontecimientos podrían separarlos de España con tanta facilidad, como difícil hubiera sido deshacer la unión fuertemente asegurada entre los antiguos reinos que en el suelo peninsular, formaban el gran reino de España y que mediante esa unión acrecentaban la imperecedera gloria de la propia raza.

Profundizando aún más todavía, encontraremos que todos los pueblos de la tierra tienen sobrado derecho a triunfar, toda vez que sus capacidades puedan llevarlos a ello; la vida, la expansión, la fama, la gloria, la honra y la inmortalidad, en ningún tiempo han sido el patrimonio de esta o aquella raza; y sin duda, éste ha sido y será, a no

dudarlo, el principio en que está basada la competencia universal; y esa competencia entre los pueblos, tiene su fundamento básico en la fuerza: reunir fuerzas, levantarse sobre el más alto nivel de poder y de grandeza; tener energías para dominar a los pueblos y a las razas débiles, he ahí el fin que las generaciones humanas han perseguido sin descansar. Veamos el caso de las demás ramas de la raza latina que corresponden a Francia, Italia, Portugal y contemplemos también el caso de la raza sajona de Inglaterra y de Alemania; todas ellas se han esforzado por conseguir unificación que evidentemente significa fuerza, poder, dominación, prestigio universal, y han logrado imponer la superioridad de su talento y de su audacia, en donde las circunstancias les han sido propicias, cosa igual a la que ha llevado a feliz término la tan discutida raza española y acaso con más trascendencia, con miras más elevadas; y así, esta raza y su civilización, nada han tenido ni llegarán a tener sin duda que envidiar a sus hermanas de Francia e Italia.

Por eso mismo nosotros, en América, si reconocemos que hubo errores funestos en el período de la dominación, no podemos achacar a deficiencia de raza o de civilización tales errores, sino a las circunstancias muy especiales por las que atravesaba España en aquellos tiempos en que fueron emprendidos los trabajos del Descubrimiento y de la Conquista. Y haciendo a un lado recuerdos que en nada absolutamente pueden llegar a remediar lo que se hizo, con la generación que padeció los dolores de la esclavitud, recordamos con cariño y simpatía, que tenemos derecho a que las insignes victorias de España, sean también nuestras propias victorias!

IV

HEROÍSMO IBERO

El heroísmo en España fué proverbial en los tiempos legendarios de las grandes agitaciones internacionales, que conmovieron al mundo en las edades pretéritas. Cada monumento en el suelo de la Madre Patria nos recuerda un varón ilustre, un hijo abnegado, un héroe que sucumbió defendiendo la integridad de la Patria y nadie, a mi parecer, intentaría poner sus manos sobre las páginas más bellas y conmovedoras que con el oro del recuerdo y de santa veneración nos presenta el gran libro de la humanidad. En la historia, España, destacándose elevada mediante el irresistible poder de todos los heroísmos de sus hijos, aparece como un faro de inmensa luz alumbrando la trayectoria que recorren los pueblos, y que su raza con empuje y constancia soberana, formó en casi toda la extensión de un hemisferio.

Asistir a la contemplación del desfile maravilloso de los hechos inmortales de que está profusamente cubierta la historia de España; pasear el pensamiento por las doradas galerías de las caballerescas peripecias de un ayer todo esplendor, todo alegría, y música y triunfos trascendentales, constituye una profunda satisfacción que embarga hasta enternecerlo, el corazón de quienes nos regocijamos en el amor y la gratitud hacia el nombre sagrado de los pueblos leyenda, que como el de España, está íntimamente ligado a la historia de América; y nada hay tan satisfactorio como externar en este momento precioso en que celebramos «La Fiesta de la Raza», un sentimiento nacido del alma cual es el de anhelar que España y América lleguen a comprenderse y formando una alianza puedan seguir unidos el camino de la victoria, para contrarrestar las tendencias actuales que destruyen en América, más aún en el Centro, toda esperanza de tranquilidad y de redención.

El heroísmo de España ha tenido admiradores por todas las latitudes de la esfera; pero es en Francia en donde esa flor de la justa admiración ha crecido más lozana y elocuente; ahí están Próspero Merimée, Stendhal, Teófilo Gauthier, Alfredo de Vigny, Alfredo de Musset, exponentes todos ellos de las letras francesas y que ven en España algo así como una Grecia por su heroísmo y su saber; y para que sus fallos estuvieran basados en la verdad y la sinceridad, han visitado el suelo de España, han visto sus monumentos, sus inapreciables reliquias del pasado y más que todo, se han compenetrado de la historia de aquel gran pueblo.

Stendhal amó a España porque creyó que en sus venas corría la sangre ardiente que llevaron tantos hombres ilustres, que dieron renombre al suelo patrio y que son fuentes de nobles enseñanzas para la humanidad.

Víctor Hugo, el poeta insigne de la Francia cariñosa y civilizadora, habla de España con el juicio más sincero que podía haberse hecho de una gran nación; dice:

•Un pueblo que ha sido durante mil años y del siglo XI al XVI, especialmente, *el primer pueblo de Europa*, igual al de Grecia por la Epopeya; al de Italia por el Arte; y al de Francia por la Filosofía.

•Este pueblo ha tenido un Leónidas con el nombre de Pelayo y un Aquiles con el nombre de Cid. Este pueblo que empezó con Viriato, ha tenido un Lepanto, como los griegos un Salamina. Sin este pueblo Corneille no hubiera creado la Tragedia, ni Colón hubiera descubierto la América.

•Ha tenido su Asamblea en la Selva contemporánea del Forum de Roma; Congreso de los Bosques en donde el pueblo reinaba dos veces al mes, en la luna nueva y en la luna llena; ha tenido Cortes en León 76 años antes que los ingleses tuvieran Parlamento en Londres; ha tenido el Juramento de Medina del Campo, bajo el reinado de Don Sancho; en las Cortes de Borjas ha tenido su segundo Estado preponderante y se ha visto a Zaragoza mandar 15 diputados en 907; reinando Alfonso III ha proclamado el deber y el derecho de insurrección; ha instituído en Aragón el nombre llamado Rey; ha levantado frente al trono, el SINE CUA NON; ha rehusado el impuesto a todo un Carlos V.

•Naciente este pueblo tuvo en jaque a Carlomagno, y expirante ha tenido en jaque a Napoleón.

•Este pueblo ha tenido enfermedades, ha sufrido plagas; pero en suma, ni las plagas deshonran al león ni las enfermedades a España.

«En la navegación, en la aventura, en la industria, en el comercio, en la invención aplicada a la creación de itinerarios desconocidos, en la iniciativa, en la colonización universal, ha sido una Inglaterra con el aislamiento de menos y el sol de más.

«Ha tenido capitanes, doctores, poetas, profetas, héroes, y sabios.

«Este pueblo tiene una Alhambra como Atenas un Parthenon; tiene Cervantes, como tenemos Voltaire.

«El Alma inmensa de este pueblo ha arrojado mucha luz sobre la tierra.

«Es menester no olvidar que España es un gigante de pié en Europa detrás de una barricada, los Pirineos».

El inmortal poeta de Francia dió una de las más excelsas notas de verdad en este juicio sobre nuestra Madre Patria, porque, ¿quién podría dudarlo? España heroica, pensadora, artista y creyente, ha tenido en su mano la supremacía del poder en Europa, conseguida por el ardor heroico de sus hijos que le han atraído gloria impercedera.

V

ARTE Y LITERATURA

España llevó en los tiempos más asombrosos de su energía creadora, el divino estandarte simbólico del Arte; triunfó en la fama de sus hijos que como Murillo y Velásquez, disputaron las glorias de Rafael y Miguel Angel en la sublime expresión del arte de Italia.

Murillo es el primero, el más elevado maestro del Arte que ha llevado muchas peregrinaciones de artistas al suelo de España; sus obras retratan un profundo sentimiento de adoración suprema a las manifestaciones de la Divinidad en esa piadosa y conmovedora expresión de las vírgenes y santos mártires de la religión cristiana. Edmundo de Amicis, dice con su siempre bello criterio: «Murillo no era sólo un pintor: era un alma grandiosa; y más que una gloria, es una afección de España, y más que un maestro soberano de lo bello, es un bienhechor, una fuente de buenas acciones, una querida imagen que se lleva en el corazón toda la vida, con un sentimiento de gratitud y devoción religiosa.»

Nosotros hemos oído hablar con las muestras de la más honda veneración de la «Concepción» de Murillo, cuadro en que dejó su autor las huellas supremas de su originalidad y de su insuperada inspiración de lo sublime, para expresar todos los sentimientos que caben en la pureza de la mujer; y con merecida justicia, la crítica imparcial ha dado su fallo definitivo sobre Murillo, al manifestar enfáticamente que es el más alto exponente del Arte español. Y a continuación de este genio siguen los nombres de una pléyade ilustre de artistas que forman noble legión, que fascina con el prestigio de una fama universal lógicamente encaminada a consagrar todavía más el nombre inmortal de la Patria. De esta ilustre pléyade, pueden citarse como los más nota-

bles, Velásquez, autor de «La Fragua de Vulcano», «Rendición de Breda» y otros muchos cuadros que merecieron y merecerán siempre los elogios más calurosos de la crítica; Rivera, autor del «Martirio de San Bartolomé»; Juan de Juanes, autor del «San Sebastián»; El Greco, y Goya, el último de los grandes pintores españoles; y así como éstos, podríamos catalogar los nombres celebrados de los notables artistas de España, que envueltos en el manto de la gloria, viven en el corazón de todas las generaciones que van hacia ellos en busca de solaz para el alma, y de inspiración para sus obras nuevas con las cuales aspiran a mantener vivo y creador el fuego del Arte peculiar de la raza.

Refiriéndonos al arte musical, no podríamos decir menos de la mentalidad española. En verdad, no de tamaña grandeza como en la pintura, en las letras, en la arquitectura, en la escultura y en las armas, ni tan colosales como los genios que brillan con luz inmarcesible en el cielo infinito de la gloria y que pasaron por la vida con los nombres de Beethoven, Chopín, Mozart, Wagner, pero sí, de verdadera prosapia artística, hicieron los maestros españoles genuina obra de sinceridad; talvez no fueron revolucionadores del arte o evolucionistas, pero supieron imprimir a su obra el ritmo sentimental de su alma, haciéndola acorde con las aspiraciones de la raza; por eso fueron los maestros del arte musical en España, profesores de idealidad, de dulzura, de belleza. Dentro del selecto número de los grandes maestros españoles, nuestra mente evoca los nombres de Juan Emilio Arrieta, Federico Chueca, Barbieri, Ruperto Chapí, Gaztambide, Manuel Fernández Caballero, Eslava y elevándose sobre todos ellos y aún quizá a la misma altura de los grandes compositores de Europa, el insigne violinista Sarasate.

¿Por qué no estar satisfechos de esa mentalidad que abarcó todos los órdenes del pensamiento humano? Y si estos artistas no llegaron a ser de fama universal, ¿no podría constituir esta circunstancia un soberbio aguijón que impulsara a la civilización española a proseguir en el camino de la suprema ambición de una futura completa gloria musical de España? ¿Qué puede impedirlo? Nosotros tenemos por sabido que el alma española es musical por temperamento. Las innumerables canciones populares de Iberia vienen a confirmarnos en nuestro aserto. Porque ha sido el alma de España artística, la creadora de «La Jota», que expresa con admirable precisión, las pasiones todas de la raza. ¿No es «La Jota» la que ha inspirado uno de los más bellos artículos de Antonio Zozaya? Con singular aticismo, este pen-

sador español de nuestros días, sabe decirnos lo que es esta música, lo que vale, lo que expresa. Y puede suceder que esta peculiar manifestación del alma artista de la raza, pueda valer tanto como las producciones más celebradas de los grandes maestros.

Ninguna forma de la gloria puede ser difícil de obtener a un pueblo que ha hecho siempre del arte, su más elevado afán y que a él ha cautivado perennemente su pensamiento.

Y ¿qué diremos de la literatura española y de sus grandes ingenios? Ella ha sido como el suelo virgen de nuestra América, siempre exuberante, llena de belleza, de atracción y de energía inagotable.

Maestros todos aquellos que se han caracterizado por su amor y feliz disposición para bañarse en las linfas del bello ideal del bien decir del pensamiento, han dejado a la posteridad inapreciables joyas de literatura clásica que reflejan la grandeza y poder de la mentalidad de una raza predispuesta desde los comienzos de su vida, a sembrar en el camino de la civilización humana, obras que fueran el orgullo de los tiempos y la admiración eterna de los hombres.

Séneca, filósofo nacido en tierras peninsulares; D. Alfonso el Sabio, Garcilaso, D. Miguel de Cervantes Saavedra, D. Diego Hurtado de Mendoza, autores célebres de obras maestras, dan nombre a toda una edad notable por el florecimiento de las bellas letras y el cultivo de los altos ideales del saber, encaminados en todo tiempo a dar luces a los pueblos para seguir la senda del triunfo y de la fama.

¿Quién entre nosotros no conoce los nombres de Bécquer, Calderón de la Barca, Quintana, Espronceda, Campoamor, los hermanos Argensola, Góngora, Ignacio de Luzán, Baltasar Porreño, Quevedo, Balmes, Francisco de Giner y un sinnúmero de poetas y prosistas españoles que dieron lustre a la literatura de la Madre Patria? Y entre los más recientes y actuales hombres que pueden llamarse portaestandartes del saber y del buen decir, abogados de las buenas causas, patrocinadores de la cultura ibérica, tenemos a un Emilio Castelar, a un Pi y Margall, Marcelino Menéndez y Pelayo, Antonio de Balbuena, Benito Pérez Galdós, los hermanos Quintero, Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Pío Baroja, Melquíades Álvarez, Emilia Pardo Bazán y una interminable lista de nombres conspicuos que han cosechado en las lides honradas del pensamiento, un nombre de bien cimentada fama a las letras españolas.

Sin duda alguna, el genio que está sobre toda admiración por su inamovible actualidad, por su celebridad que ha sobrepasado los límites a que puede ansiar hombre alguno, es Miguel de Cervantes Saavedra, aquel que dejó un brazo en la batalla de Lepanto y que escribió para eterno galardón de España el «Don Quijote», que es «el libro de la humanidad o la humanidad caracterizada en Don Quijote por sus sueños y en Sancho por sus realidades casi vulgares». Nosotros contemplamos en Don Quijote una figura continuamente triste y revestido de una solemnidad conmovedora; su locura toma a veces los caracteres de una lamentación y toda su vida es la historia de nuestros sueños, de las ilusiones que nos han dejado, de las decepciones, de nuestras aberraciones. ¿Quién no ve en el singular personaje del libro de Cervantes, la lucha de la razón con las acometidas de la imaginación, de la verdad siempre de mengua con la mentira que se impone a despecho de los hombres idealistas? En nuestra existencia se encierra algo de Quijote, porque con frecuencia nos sorprenden los molinos de viento que tomamos al instante por gigantes que desean trabar con nosotros terribles combates y a quienes la fiereza de nuestro brazo sabrá siempre dar una soberbia lección. ¿Qué, si no es un arranque de entusiasmo el que nos lleva a concebir grandes obras y a dejarlas en completo abandono tarde o temprano? Y tener que confesar que todos somos una mezcla de insensateces y sentimos con hondo desconsuelo el contraste interminable entre la grandeza heroica de nuestras aspiraciones y la miseria de nuestras facultades. Los bellos sueños que acariciamos en la infancia, y que calentamos con dulce y anhelante fervor en los años de la adolescencia; los generosos impulsos de consagrar toda nuestra vida a la defensa del honor y de la moralidad, los peligros afrontados de luchas en que ha tenido gran parte la aventura persiguiendo nuestros entusiasmos de ardorosa juventud y los amores rebosantes de sublimidad, han caído todos uno a uno como las hojas marchitas de los árboles al soplar del viento y han ido a rodar en la ciénaga de la vida, donde todo se trastorna, donde las aspiraciones, los anhelos, las ambiciones, van a confundirse para siempre en la miseria de todo lo que tiene fin. En el libro de Cervantes están todas las provechosas y dulces enseñanzas que da el generoso y siempre mal afortunado caballero de la «Triste Figura».

Por todo el suelo de España, el arte palpita en las catedrales proverbiales, en las históricas ciudades que bajo

el dominio de los árabes fueron mezquitas y que los reyes católicos cambiaron en suntuosos templos de la religión cristiana; arte hay en los monumentos que ha levantado el patriotismo; en los palacios de los grandes reyes, y parece que la tierra española fuera una inmortal y perenne exposición del alma y cerebro de una raza inimitable.

Pero si el arte de la pintura es grandioso, el arte literario, no tiene límites en España; es colosal, incontenible y lleno de suprema influencia en el movimiento intelectual de los pueblos del globo.

VI

PATRIA

La Patria es todo aquello que nos recuerda la vida de nuestros antepasados: un monumento, un puente, un palacio, una tumba, los nombres de los héroes que vencieron en las batallas y la humilde cabaña de nuestros progenitores. El sentimiento de amor y veneración que cuando niños nos despiertan estas cosas y la inclinación que le damos a nuestros pensamientos a medida que vamos conociendo la historia del suelo amado que nos vio nacer, hacen que tomen proporciones definidas a medida que crecemos en experiencia y podemos aquilatar el valor de las generaciones que nos precedieron.

La Patria española ha recogido para el orgullo de sus hijos, muy sabias lecciones de patriotismo; ha conservado en los vastos límites de pueblo histórico, todo el decoro, toda la gloria que en los tiempos pasados de inmensa fortuna, procuraron a España, los guerreros y sabios, los artistas y reyes de ilustre sangre ibérica.

Para cada español su patria está en el recuerdo de Sagunto y Numancia en el horrible y atrayente espectáculo de las cosas en ruina y que su destrucción se debe a la mano del hombre que en momentos de odio y venganza no ha reparado en los estragos de su acción diabólica; en El Escorial, obra colosal rebosante de atractivos que está como las Pirámides del Egipto misterioso de los antiguos, para desafiar la fuerza demoledora del tiempo y la curiosidad inagotable del espíritu humano; en la Alhambra, recuerdo de glorioso trofeo de las derrotas y expulsión de los infieles, con sus luces, sus primores de arte árabe, sus sorpresas, sus impresiones y el tesoro de las firmas ilustres de los grandes hombres que de diversas partes del mundo han visitado a España en fecunda pe-

regrinación de arte, ansiosos de aprender en las bellezas que se conservan en aquel suelo prodigioso; en la ciudades de historia palpitante, como Granada, arrebatada a los árabes; Sevilla, que se le ha llamado con justicia la Atenas de España y la madre de los pintores que como Murillo tuvieron en ella su cuna; Toledo, Lérida, la gloriosa ciudad que soportó diez sitios; Burgos, en donde nació al año 1026, Rodrigo Díaz de Vivar, a quien la historia confirmando el dicho de la leyenda, conoció con el nombre de Cid Campeador; Barcelona, la flor de las bellas ciudades del mundo y honra de España, en el decir del insigne Manco de Lepanto; Tolosa, en cuya ciudad Alfonso VIII ganó la famosa batalla de «Las Navas» sobre los infieles; en los Museos Militares y Navales de Madrid, en donde se puede conocer toda la historia militar de la Patria y en fin, la Patria española está en Valencia y Córdoba; en Zaragoza, que resistió las acometidas de las huestes francesas que Napoleón Bonaparte arrojó sobre el territorio de España, para colocar en el trono de aquella nación a su hermano José, horroroso atentado a la libertad e independencia de un pueblo y que historiador tan sagaz como Thiers no ha podido justificar a despecho de su pasión admirativa hacia el vencedor en Marengo y Austerlitz.

Don Emilio Castelar, ferviente admirador de la gloria de la Patria, como debe serlo todo hijo que ama y estima noblemente el recuerdo que puede constituir un motivo de orgullo para el engrandecimiento de la familia, nos relata las proezas llevadas a cabo por los ciudadanos del reino de Aragón, en cuyas narraciones de sincero amor patrio, encontramos el siempre incomparable colorido que distinguió al eminentísimo orador español, que tanto lustre dió a la tribuna de su siglo. Nos refiere cómo Aragón encontrando estrechos los límites de la Patria, descendió repentinamente del Sobrabe a Huesca, en donde atraída por su deseo de expansión, no pudo detenerse y su mirada inquieta siguió el curso del horizonte que fue trazado para llevar en triunfo su fama. Pudo entrar victoriosa en el Mediterráneo y aplicando un elevado principio de unión, en intereses de política expansionista, logró que sus hijos fraternizaran con los fuertes catalanes y así pudieron librar del dominio árabe la ciudad de Valencia y las Baleares. Entablaron los aragoneses lucha en Muret por el derecho ultrajado y la conciencia violada; vencieron a los aventureros de la casa francesa de Anjou, arrojándolos del territorio italiano; rompieron las cadenas del puerto de Marsella y las colgaron a las paredes de sus templos; se adueñaron de los

mares desde el estrecho de Messina hasta la desembocadura del Guadalquivir con las naves de Roger de Lauria; y subyugaron el Bósforo con las de Roger de Flor; de Rosas a Catania, cruzaban el Mediterraneo en alas de la victoria y como si a su grandeza fuera estrecho el Occidente, quisieron grabar en la cumbre del Olimpo, sobre las piedras del Pireo, sobre los montes soberbios que son casi las puertas del Asia, el nombre inmortal de su Patria.

De nada puede quejarse España y ni los quejosos de España pueden negar la evidencia de que la patria de Carlos V, ha revolucionado el mundo del Arte y de la Filosofía, de la Ciencia y de la Religión. Y, ya que como dijo Víctor Hugo en el siglo pasado, sus hijos quieran que la nación española recobre su puesto de accionadora fecunda entre el grupo de pueblos todo cerebro y corazón, sólo es necesario el esfuerzo que a ello se encamine; y nosotros pensemos en el resurgimiento de esa España invicta que recordamos con sincera fidelidad en la fecha inicial de América.

VII

CRISTOBAL COLON

El nombre y la historia del célebre marino genovés, están íntimamente ligados a la historia de España y de América, de tal manera que no podría hacerse ningún elogio de estos dos nombres si no se dijera algo sobre la vida de Cristóbal Colón; y como sucede siempre al tratarse de los grandes hombres, la historia de Colón está rodeada de leyendas más o menos creíbles por el grado de verdad y de justicia que pudieran contener. Algunas de esas leyendas han sido creadas para desfigurar los actos de la vida de aquel grande hombre, ya en sentido favorable, ya con grave propósito de desprestigiar a tan ilustre varón; pero, en resumen, lo único que se ha conseguido, es engrandecer aun más todavía el nombre del descubridor de América y aunque el historiador se encuentre en duros aprietos para juzgar serena e imparcialmente la perdurable acción de aquel genio que jugó un gran papel en la vida de la humanidad, la luz brota espontánea cuando el criterio no puede verse ofuscado por el maremagnum de decires y contradicciones.

¿En dónde nació Colón? Después de tanto llevar y traer este problema con argumentos y pruebas de más o menos crédito, se ha venido a tener por aceptado que Colón nació en Génova y el año de su nacimiento parece el más aceptable el de 1451. La posición social de Colón en su nacimiento no era de la última clase ni de las más elevadas; ha llegado a confirmarse que la familia de Colón estaba colocada en un término medio, dado que su padre era un acomodado comerciante y que debido a esto tenía los medios necesarios para procurarse relativas comodidades y cierta ventaja social; la educación que recibió el más tarde célebre navegante, no fué realmente de la más avanzada, pues no asistió a ninguna universidad, como se había ve-

nido creyendo por mucho tiempo y en su temprana edad, no pudo profundizar ninguna clase de estudios con motivo de que desde muy joven se arrojó a la vida del mar, que era el motivo de su innata vocación de navegante. En cuanto a su presentación física, aseguran que era alto, bien constituido, tenía el rostro largo, ni lleno ni enjuto; era blanco pecoso y algo colorado; de nariz aguileña, abultados los huesos de las mejillas; de ojos grises, claros y vivarachos; sus cabellos, que fueron rubios, blanquearon muy temprano y en general era de gentil y noble continente. Era moderado y sencillo en ropas y alimentos; de palabra fácil; afable con todo el mundo y sumamente suave y cariñoso en el hogar, aunque propenso a irritarse, logró dominar su carácter y según lo asevera el cronista Garibay, Colón fue de muy grande ingenio y altos pensamientos; bien hablado, cauto y gracioso en lo ordinario, constante y sufrido. Cumplió con todos sus deberes de grande hombre, ya en lo íntimo, ya en lo social y moral, ya en lo político; contrajo matrimonio, tuvo hijos y murió en la miseria después de haber hecho la mayor cantidad de bienes a los hombres.

Colón era un genio escudriñador que llegaba hasta el fondo de todos los datos y las cosas que pudieran servirle para hacer frente a las imperiosas necesidades de la vida; su propósito era conseguir dinero, indispensable elemento para la subsistencia, del que necesitaba más conforme iban en aumento los deberes de la familia; y en su sed incesante de estudios, de desvelos, intrigado en los arduos problemas de la ciencia, llegó a concebir la idea del descubrimiento de una nueva ruta para llegar a las Indias, problema que embargaba al mundo navegante de aquellos tiempos. «A fines de la edad media,—dice el señor Barberena,—era general la creencia de que al Oeste del mundo entonces conocido, existía todo un continente. Esa tradición se fundaba en ciertos pasajes lacónicos y oscuros de los antiguos escritores y en relatos lacónicos no menos deficientes de algunos navegantes». No cabe dudar, pues, que estos relatos, unidos a la creencia reinante, tuvieron poderosa influencia para animar al insigne genovés a seguir la corriente de estudios profundos acerca del asunto y que por el mismo motivo, tuvo la interesantísima correspondencia con Toscanelli. En su lucha tenaz por llegar a despejar la incógnita, que absorbe todas las energías de su vida, consulta sabios de reconocida fama, se abisma en el terreno experimental de sus incansables estudios, y en medio de esta fiebre de saber que le abraza completamente, sostiene un combate sin cesar con la pobreza que le ha hincado sus terribles ga-

rras; y cuando por fin ya nada existe que le pueda causar inconvenientes en la esfera de sus convicciones intensas; cuando ha llegado a poseer la clave de los misterios de la ciencia, se lanza indudablemente ávido de gloria en el camino que le lleva a las cortes europeas y en donde uno tras otro sufre fracasos que no sirven más que para infundirle nuevos alientos. Y el más cruel de estos fracasos, sin duda por venir de quien no podía esperarse, es el que sufrió en la Corte de Portugal; ahí se le hizo una verdadera traición a su seriedad y sinceridad. Don Juan II le hace concebir bellas esperanzas, y mientras, mandaba unas embarcaciones que cruzaran el Océano, para sorprender la verdad de Colón, y Diego de Ortiz se ríe de aquellas que se creyeron utopías de sabio, como si la verdad en los hombres de pobre presentación fuera un motivo de escarnio y risa; pero, precisamente en estos trances es en donde se denota con brillantes caracteres la sublimidad del alma de Colón, quien no se desanimó en presencia de todas sus desventuras y ni aceptó para él la infinidad de burlas que se le hicieron a sus planes. Dejemos correr al peregrino....

Al propio tiempo que los moros desocupaban a España, la Providencia, caprichosa en sus designios, enviaba a las tierras de Iberia, un pobre hombre que llevaba en su alma los más grandes ensueños y en su corazón todo un mundo de esperanzas: Cristóbal Colón, que como el personaje del gran libro de Cervantes, continuaba su camino llevando por señora de sus ensueños, de sus pensamientos, Dulcinea amada y ansiada, nada menos que las formas acariciadas en la imaginación y en los cálculos de un continente, que sacaría del fondo de los mares al impulso sobrehumano de su brazo; Colón llegó después de muchas fatigas, a la cariñosa tierra española, y al sentir las caricias de un ambiente hospitalario, las esperanzas crecieron confiadamente en el alma de aquel pobre y visionario peregrino.

Los brazos del franciscano Juan Pérez de Marchena, como si hubieran querido imitar los del divino maestro, se abrieron movidos quizá por compasión, quizá por un santo afecto nacido al contacto de sus miradas, para abrazar a Colón que llegaba a las puertas del Convento de Santa María de la Rábida, después de una larga y penosa marcha con un hijo de la mano, el cual moría de cansancio; y desde aquel mismo momento, el prior hizo fiel promesa de proteger incondicionalmente al hijo de Colón y al mismo tiempo, trabajar por los intereses del navegante hasta donde fuera posible a la posición en que se encontraba.

Feliz augurio aquel en que el ilustre marino se ve colmado de inmenso y sincero cariño; se entusiasmaba de puro placer por las demostraciones de grande afecto que el prior le prodigaba, y no pudo dudar que en ellas no había intereses bastardos, puesto que supo conocer que sólo palpitaba la verdadera simpatía para el sabio, el cariño para el maestro y amigo, y la admiración para el hombre que venía luchando abiertamente con la fortuna. Estos dos personajes se habían llegado a comprender de un modo rápido, en sus íntimas convicciones y cambiando sabias impresiones sobre el objeto del viaje de Colón, pudo Marchena darse cuenta completa del genio que se asilaba en tierras patrias. Marchena comprendió también la gran distancia que les separaba al uno del otro y cuán diferentes eran sus destinos; el viajero, tal vez un iluso, llevaba fija la mirada en el vuelo majestuoso que tomaban sus percepciones en la concepción de la grandeza y de la gloria, y Marchena, acaso un fracasado, ¿qué le esperaba? Calzando la sandalia y cubierto con el áspero sayal, no tenía otro porvenir que el de pasar el resto de sus días oscuros metido en el Convento. ¿Sucedió acaso que sus incesantes observaciones científicas, su ambición de saber, delatada en el índice puesto continuamente sobre el mapa del mundo conocido, pudieron darle nombre y fama? De ninguna manera; y hasta se ha pretendido confundir como hija de leyenda la existencia de Juan Pérez de Marchena. Pero nosotros debemos recordar complacidos que este clérigo humilde y grande como han existido pocos, y don Alfonso de Quintanilla, pesaron con mucho ahinco en el ánimo de la soberana española, doña Isabel la Católica, para desbaratar los criminales manejos de Talavera, con respecto a la empresa del descubrimiento; y que por esa acción plena de nobleza y de grandes aspiraciones por el engrandecimiento de la Patria, merecen aquellos personajes un monumento en el alma de España y de América.

VIII

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Después del desconcertante número de contratiempos en que vemos desenvolverse la vida de Colón; después de que animada por una repentina inspiración y afirmada en las instancias de los interesados y con el pensamiento engolfado en un poderío hasta entonces problemático, la reina Isabel la Católica, haciendo un llamamiento a sus elevados sentimientos de soberana, protege todas las propuestas del navegante allegando recursos del modo que era posible, empieza el maravilloso éxodo en que vemos levantar la gloria del monumento en que se alzó en la eternidad aquel hombre extraordinario, descubridor de América.

¿Fué en Palos de Moguer o en el Puerto de Santa María donde se armaron los buques que trajeron a los hombres audaces que salieron de España en busca de las tierras mil veces soñadas? Corren tantas versiones sobre este punto, que a lo mejor, cabe decir que el genio tuvo satisfechos sus primeros deseos haciéndose a la vela y que Dios vendría en su ayuda cuando las olas enfurecidas despartasen la cólera en sus compañeros de viaje. Y que cruzando en frágiles embarcaciones distancias extraordinarias, iban los hombres de la civilización europea por el sendero luminoso que mano invisible parecía haber trazado para llegar a la meta de sus aspiraciones de encontrar el *camino más corto para llegar a las Indias*.

Invoquemos en estas páginas impregnadas del más profundo reconocimiento hacia la obra de Colón, aquellos momentos llenos de angustias, de zozobras, de ansias, ora basadas en esperanzas risueñas, ora en el negro colorido de los fatales presentimientos que se manifestaban en el alma de cada uno de los marineros que estaban preparados para salir de las costas de la Península; traigamos a la memo-

ria las impresiones de dudas que abatían aquellos centenares de almas bravías que flaqueaban ante el misterioso atractivo de lo desconocido y que iban a ser guiados hacia el heroísmo del descubrimiento por aquél que tenía fija la mirada en el horizonte que le señalaba el triunfo; y que por fin venciendo el secreto de la naturaleza, encontraría el camino para llegar a la realización de lo que había sido la aspiración de su vida; hagamos justicia al Almirante Colón que dirigido por la fe puesta en sus convicciones científicas, en sus trabajos y en sus experimentos, corría en busca de las tierras inenarrables. Recordemos aquellos días tristes que pasaron los tripulantes con solo el interminable paisaje del cielo y el mar sin ningún horizonte de tierra y próximas las esperanzas a abandonarles. Y veamos a Cristóbal Colón, apaciguando la perversidad que personificada en los marineros desesperados, se sublevaba, para pedir al navegante el regreso a las tierras de España; y quien con su dicción que era la del sabio, del maestro, lograba convencer, infundir confianza, mantener el orden, llegando hasta hacer germinar de nuevo en el alma temerosa de sus compañeros, las esperanzas de que estaba rebosante su propio espíritu de hombre tenaz y convencido.

¡Doce de octubre! ¡Día grandioso en que empezó una nueva era para la humanidad! La obra colosal acometida por la mano prodigiosa del genio de Colón, quedaba en esa fecha realizada ante el deslumbramiento de los españoles y la expectación del resto del mundo; y una nueva vida iba a empezar muy pronto para la existencia de los pueblos libres de América.

Cristóbal Colón triunfó de todos los elementos; sobre el cúmulo de las pasiones opositoras a su empresa y sobre las fierezas del océano; y ese triunfo fué uno de los que no costaron a la humanidad «ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima», porque en él obró la persuasión de la verdad y Dios sabe cuán dulce es para el victorioso verse recompensado con el premio merecido a sus grandes sacrificios. Pero si decimos que aquel viaje de Colón, en el que descubrió las primeras islas del Hemisferio en que vivimos, no costó ni una lágrima, pecaríamos de injustos; es imposible pasar indiferentes ante el dolor a cuyo precio se han conseguido ciertas cosas; por eso nosotros, no debemos olvidar la serie de contratiempos que la indecisión de la reina Isabel ocasionó a Colón; y antes, las penalidades que el ilustre marino tuvo que soportar yendo de un lado a otro para ofrecer su empresa; cada desdén era una saeta que le hería en el alma, pero que al mismo

tiempo servía para hacerle cobrar nueva vida en la intensidad de sus creencias para seguir en la persecución de su ideal; después de cada desprecio, se levantaba con el corazón henchido de vigor y energías nuevas; y la tenacidad no le abandona nunca, ni en las más aflictivas circunstancias en que la fortuna ha huido de él; veámosle más tarde acosado por las exigencias brutales de aquellos fieros marinos que en nada querían distinguirse, ni por un rasgo de generosidad alimentada por un jirón de esperanza en la gloria del futuro que les esperaba después de los padecimientos sufridos en el mar. En los inconsecuentes compañeros de Colón, podía más el temor a la muerte, que las seducciones del triunfo; no podían comprender esa íntima satisfacción de que goza el hombre que luchando contra toda oposición, vence obstáculos, hace gala de sacrificios y surge en el cielo de la inmortalidad nimbado por la gloria.

Las noches que Cristóbal Colón pasó en el Océano Atlántico en su primer viaje, fueron larguísimas y de indecibles padecimientos; pero sus desventuras las llevaba con resignación, porque en esa escuela se había creado y porque estaba convencido que la hora del triunfo se acercaba; y cuando la situación se hacía para el Almirante casi insostenible, cuando los elementos se conjuraban para aumentar la cólera y desesperación de la ignorancia personificada en los marineros, «escarnecido y amenazado de muerte por los mismos que le acompañaban, pasaba los días y las noches fija la mirada en los horizontes inmensos, pidiendo a Dios que le presentase la tierra en lontananza, como un premio a sus sufrimientos que le tenían agobiado», aparece ante los ojos de Cristóbal Colón, entre las penumbras matutinas, la inmensa atracción de la tierra soñada, en la memorable madrugada del 12 de octubre de 1492.

Aquél héroe de los mares, conmovido en lo más íntimo del alma, sereno, con su mirada de modesto vencedor, contempla el majestuoso espectáculo de la gran naturaleza indiana que se ofrece desde aquel instante a todos los ímpetus de las energías civilizadoras del antiguo mundo.

Y desde entonces, el calvario de las razas de América empezó su tristísimo éxodo; la civilización del resto del mundo vino hacia el Continente descubierto por Cristóbal Colón y cada nación, con más o menos ventajas, plantó su bandera donde mejor lo pudo hacer con más o menos sacrificios.

IX

LA REINA ISABEL

Con cuánta justicia debemos hacer referencia a esta gran reina de España, patrocinadora de la obra del descubrimiento de América!

Don Fernando y Doña Isabel reinaban en España cuando, como todos sabemos, una decadencia general se hacía sentir en los pueblos que habían logrado unificar estos dos monarcas, creando la poderosa monarquía española que de manera particular iba a jugar su papel en el desarrollo de los acontecimientos posteriores de los hombres.

Más enérgica, con el alma bien templada y sobre todo, más activa y animosa que su real consorte, con determinaciones de verdadera reina, Doña Isabel fué una bendición para sus súbditos. En la historia de España no podemos encontrar otro ejemplo semejante al de esta soberana, que obraba en todo como un estadista sagaz y consumado. Bajo sus nobles auspicios se dió principio a la reorganización de los diversos ramos de la Administración de España, que estaban en lamentable estado de descuido; y particularmente, encaminó todos sus propósitos de mujer sabia y tenaz a la persecución de los moros, continuando la guerra sostenida por sus antecesores contra los infieles que ocupaban el suelo de la Península. No es posible negar que este proceder estuvo asegurado en el más vivo celo religioso, puesto que según el pensamiento predominante en aquel pueblo cristiano, de ninguna manera podían existir infieles en las tierras que legítimamente habían pertenecido a los siempre esforzados reyes de España y que por la santa virtud del patriotismo, las ciudades y las regiones que estaban en poder de los árabes, tenían que volver forzosamente al poder del pueblo ibero. Tal era el modo de pensar en aquellos tiempos en que las determinaciones del pa-

triotismo de los pueblos católicos, estaban basados en un completo espíritu religioso, pues el Santo Padre dirigía la vida nacional de los pueblos en que era escuchada la palabra del redentor del mundo.

Y siendo los monarcas de España tan católicos y tan esforzados en mantener y elevar el prestigio de la fe, ¿qué podía esperarse de un pueblo regido por gobernantes como Don Fernando y Doña Isabel?

Doña Isabel, raro carácter de mujer para su tiempo, fué como la encarnación de los ideales de la época, con las aspiraciones del alma guerrera de los españoles y los prejuicios reinantes; ella con ahinco y esperanzas de vencer, movía la máquina de la guerra; emprendedora incansable y sufrida, soportó con ánimo fuerte todas las privaciones de una dilatada campaña, cual viejo general de ejércitos vencedores que estuviese adiestrado en todos los contratiempos inherentes a las empresas militares; luchó hasta el fin porque se había propuesto alcanzarlo victoriosamente; y sus deseos y ruegos al Altísimo, fueron cumplidos el 1º de enero de 1492.

Martín Hume, refiriéndose a las reinas de la España antigua, escribe sobre la reina Isabel estos bellos pensamientos: «Isabel la Católica fué una gran reina y una gran mujer, porque sus ideales eran elevados; no era tierna ni benigna, o diríamos mejor femenil. Si lo hubiera sido, no hubiera hecho de Castilla una de las potencias más grandes de Europa en su reinado de treinta años. No era escrupulosa, pues de serlo, no hubiera dejado persuadirse tan fácilmente en aceptar el trono en contra de la Beltraneja. No era blanda de corazón y esto explica que contemplara sin conmoverse las matanzas y expulsiones en circunstancias de inhumanidad atroz de los judíos y de los moriscos, con quienes quebrantó su solemne juramento, con pretexto leve. No poseía ninguna de estas cualidades apacibles, ni fué aquella mujer del hogar, santa y dulce con que de ordinario se la representa. Si lo hubiera sido, no fuera ella, Isabel la Católica, una de las más poderosas personalidades, la mujer más grande talvez que el mundo ha visto en la dominación de los pueblos; mujer cuya virtud no osó atacar la misma maledicencia; cuya santa piedad y consagración a su fe la cegaba los ojos en las cosas humanas y cuyo anhelo por servir al Dios de las misericordias, la hizo inmisericordiosa con los que consideraba enemigos del Altísimo».

Mientras los reyes de España celebraban el triunfo de los cristianos sobre los moros en 1492, poniendo en estas

celebraciones todo el esplendor del patriotismo regocijado y la solemnidad de los ritos del cristianismo, los vencidos proscritos por la ley del destino que caía sobre su vida como una pesada maza de hierro, abismados en lo tremendo de su situación, anegados por el llanto que provocaba en su corazón la tristeza de haber perdido tantas cosas que sólo ellos supieron engrandecer y estimar, se diseminaban por distintas regiones del mundo, sin patria, sin consuelo y con el dolor de tantos hijos, hermanos y padres muertos por el rigorismo español.

Y en ese año memorable de 1492, la reina Isabel la Católica, entusiasmada por sus victorias, accedió a las demandas de Cristóbal Colón y protegió la empresa del descubrimiento que se llevó a cabo con el mejor éxito para las aspiraciones de la soberana española y sus partidarios.

X

INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

No fué solamente España la nación que se aprovechó del descubrimiento de América, ni ella la que más ventajas obtuvo para su extensión colonial; las demás potencias marítimas de entonces, se lanzaron a la misma ruta abierta por Cristóbal Colón y no importaron para que se abstuvieran, las prohibiciones de Alejandro Borgia, que vedaba acción en las tierras descubiertas, a cualquier país que no fuera España, en los límites señalados por su autoridad espiritual. Inglaterra, correspondiendo a su categoría de primera potencia marítima del mundo, envió sobre las olas del Atlántico, su contingente de hombres con la misión de explorar regiones y conquistar pueblos y tierras a toda costa; la patria inglesa no fué defraudada en sus intentos y siguieron su ejemplo Francia, Holanda, Dinamarca, Rusia, etc. y cada una de ellas pudo obtener el consiguiente premio a sus afanes en el maravilloso e inaudito festín de la repartición de América y de todas sus riquezas. La naturaleza que había sido tan previsora al dotar de multitud de cualidades a nuestro Continente, no olvidó darle extensión inmensa, capaz de contentar todas las ambiciones de la civilización europea, para que de este modo, pudieran quedar satisfechas todas las exigencias de los extranjeros, en la iniciativa de repartición y de conquista encabezada por los Reyes Católicos de nuestra Madre Patria.

A Francia—cuna de las libertades del hombre,—que con todo y sus ideales siempre ha ido a la vanguardia de la justicia y de la libertad de los pueblos, no le fué posible sustraerse al contagio mundial de sacar provechos de la obra de Colón; y al efecto, sus marinos y guerreros se apoderaron de grandes porciones de tierras al otro lado del Golfo de México; Inglaterra atrapó una gran parte de lo que hoy forman los Estados Unidos de Norte América, como también las colonias del Canadá y en la América del

4—*Raza y Patria.*

Sur, la mayor parte de las naciones de Europa se apresuró a obtener para su engrandecimiento colonial inmensas porciones de tierras; pero sin duda alguna los navegantes y exploradores portugueses estuvieron más listos, pues reconquitaron y conquistaron para la bandera de Portugal, las regiones más extensas de América en el Sur del Continente, las que hoy comprenden la República de los Estados Unidos del Brasil, orgullo de la raza.

Grandes por su heroísmo fueron los actos tanto de los conquistados como de los conquistadores, en aquellos supremos momentos en que las razas opuestas luchaban por intereses distintos y en los cuales, la justicia estaba de parte del indio de América y la injusticia de parte de las civilizaciones extranjeras.

La serie inmensa de los episodios de la conquista de América llevada a efecto por todas las razas que vinieron a nuestro Continente, tiene negros recuerdos en los cuales se destacan los monarcas indios como representativos de la integridad de las razas que se trataba de subyugar y se ven al través de la distancia de los tiempos, las negras figuras de gran número de crueles conquistadores que hicieron gala de sus bríos sanguinarios en las víctimas que no hacían más que defender sus legítimos derechos, ante la conciencia imparcial del mundo, y con los únicos medios a que habían sido provocados: la guerra, la oposición abierta y tenaz, la rebeldía sublime del patriotismo.

América, para su propia satisfacción, recuerda que la crueldad, la impiedad para los dioses indígenas, la amoralidad para las virtudes que se anidaban en el alma sincera de las razas nativas, estuvo siempre y en todo momento de parte de los conquistadores. Nosotros, a distancia de cuatrocientos años, vemos todos aquellos horrorosos cuadros a que estuvieron ajustados nuestros antepasados; conquistadores con una sed inagotable de oro, deseosos de hacerse ricos a toda costa y de enriquecer a la patria a que pertenecían; pueblos libres que desaparecen uno a uno en la ignominiosa noche de la esclavitud: naciones ricas y florecientes, con su civilización propia y envidiable, que lo pierden todo para enriquecer bastardas ambiciones; los templos en que se adoraba a los dioses de las religiones indias, destruidos, profanados; reyes, caciques, súbditos, antes felices, con su palacio, su casa y su cabaña, hoy en desgracia, completamente desheredados de todas las cosas que antes les pertenecieron sin discusión alguna; todo destruido, todo robado, desde el palacio del señor hasta la cabaña del miserable; los hogares profanados, las madres,

las hermanas y los hijos, llorando la pérdida de los seres queridos muertos por los extranjeros; la lanza, el sable, el arcabuz, fueron las armas que se lucieron en la conquista de América; terribles tiempos aquellos en que la sangre de nuestros antepasados sirvió para abonar la tierra donde se levantarían las instituciones traídas por los *hombres civilizados* y que con la presteza de aquel que necesita hacer en poco tiempo las mayores reformas en un país, cambiaron todas las cosas que hacían dichoso al indio de América, por las que fueron trayendo las civilizaciones de allende los mares.

Los hispanoamericanos, menos amparados por el destino que vela por la libertad de los pueblos, fueron tres siglos los que pasaron en esclavitud; trescientos años en que la luz de la libertad no pudo ser vista por tantos pueblos que gemían bajo la opresión de las autoridades de la Madre Patria quienes anhelaban dilatar hasta donde fuera posible, la llegada de la hora de la redención que tendría que sonar tarde o temprano.

Y un día memorable para los hijos libres de América, sintiendo correr en sus venas la misma sangre que ardía en los opositores a las huestes napoleónicas; interpretando para los destinos de América lo que significaban las batallas de Bailén y Zaragoza, los genios de la libertad de los pueblos hispanoamericanos dieron su voz de alerta a los usurpadores, confiados en la justicia de sus inspiraciones. Las masas moviéronse; despertaron ansiosas al conjuro de las voces nuevas que llegaban de Francia, con el eco de la jornada del 14 de julio y las batallas de los súbditos de Inglaterra en el Norte del Continente; y nuestros libertadores, fueron en pos de la palabra de los escogidos; la admiración de los europeos fué grande allá en el viejo Hemisferio, en donde no se podía concebir cómo podrían suceder aquellos ruidosos acontecimientos y se espantaron ante la magnitud de las batallas sangrientas libradas en los campos de Venezuela, México, Colombia, Perú y Argentina. Mas el asombro seguido de entusiasmo por la causa de la libertad que se denunciaba en algunas potencias de Europa, era en España un sentimiento distinto, de contrariedad, de despecho, porque se pensó que éramos todavía muy débiles para resistirles y sin tomar en cuenta que esta vez era ya la sangre española que unida a la del indio incorrupto, quería al estímulo de nuevos y benéficos vientos, gozar de libertad e independencia, reaccionando provechosamente contra el mismo poder en que había nacido y que no podía seguirle dominando en la tierra que la Providencia había señalado para asilo de la libertad.

Correspondiendo al primer impulso, las revoluciones supieron vencer todas las dificultades y seguir por la senda luminosa de sus triunfos. Los obedientes esclavos de ayer, tornáronse señores de sus propias voluntades y desplegaron con dignidad de dioses ofendidos en lo más íntimo de sus afectos, la virtud irresistible del pabellón que encarnaba el dilema de la muerte en la esclavitud o la libertad por medio de la contienda. Moviéronse nuestros padres al empuje de la sed de reivindicaciones que se había despertado en el alma de los pueblos. Corazones fogosos que aún mantenían el calor de los caracteres distintos e indomables de las razas de América vigorizadas con la sangre extranjera, recogieron aquel grito que traía la sugestión benéfica de la verdad y que por sus atributos de indiscutible elocuencia, repercutió inmensa y poderosamente en los infinitos y azules horizontes americanos. La fe del patriotismo al estallar tuvo sus adeptos a millares y mártires sublimes. En esa sagrada creencia que todo hombre sostiene con el arma de batalla y con la palabra redentora, comulgaron con santa devoción los improvisados soldados que surgieron por doquiera, dentro de las masas ignorantes; si en algo deben aprovecharse las masas ignoras, debe ser en la lucha por la libertad. Y aquellos hombres con gesto feroz, sacudiéronse del pesado letargo en que yacían sumidos y el rencor que se despertó en las multitudes fué suficiente para no desmayar ante la tenacidad de los soldados adiestrados de España, amaestrados en el arte de la guerra pero no en la dominación de los instintos del alma humana; triunfó en todo el Continente el grito de la legalidad y una vez más el Dios de las naciones hizo patente su fallo justiciero por el cual se cambiaron nuestros destinos. El baño de regeneración que necesitaban las instituciones en los pueblos de origen español, fué lento, pero efectivo⁴ en ciertos países que obtuvieron al precio de heroísmo su independencia, tardío en otros; pero de todos modos, el voto espontáneo de gratitud e inmortal reconocimiento que todos los hispanoamericanos debemos a los patricios de la emancipación, será cada día más robusto, tendrá por cada minuto un nuevo corazón que le rinda todo un ferviente culto admirativo, lleno de gratitud y todos juntos diremos como un gallardo pensador suramericano que «no araron en el mar los libertadores de América».

Todo el Continente americano llegó a ser libre; las opresiones terminaron con el advenimiento de la libertad; nos dimos leyes, los pueblos del antiguo mundo dieron por buena nuestra determinación y entablaron relaciones de intereses comerciales y de amistad con las nacientes entida-

des políticas de América; hemos desarrollado y, si acaso tenemos que lamentar el atraso de algunos de nuestros países, no achacamos esta circunstancia a España, ni a su raza, ni a su civilización, porque, como dice el notable escritor centroamericano Ramón Rosa: «España nos dió todo lo que podía darnos, su noble sangre, su habla hermosísima, su religión, sus caballerosas costumbres, su genio atrevido, espiritual y sus protectoras leyes de Indias, que han permitido para su eterna honra, que hayan vivido y vivan al lado de sus bisnietos, millones de bisnietos de los indios que han venido, de manera gradual, civilizándose y formando un gran elemento social de nuestra América. Dígase lo que se quiera de la Conquista de España, cuyos extravíos y excesos no justifico, pero ello, por el espíritu y tendencias del Gobierno de la Madre Patria, no tuvo por principios el odio y el exterminio de los aborígenes, inhumano principio que se ha visto realizado en los Estados Unidos de Norte América, bajo los auspicios de un sistema frío como el cálculo, exterminador como la muerte. En las repúblicas hispanoamericanas vivimos los descendientes de los españoles al lado de los descendientes de los caciques, principales y proletarios indios; y vivimos como elementos armónicos puestos al servicio de una misma causa, de la causa de la justicia y de la civilización. Este honor insigne corresponde a España, nuestra Madre Patria, de quien tenemos los vicios, pero también las preclaras virtudes. Nuestra independencia se ha operado porque tenía que operarse en cumplimiento de indefectibles leyes históricas. Fué natural el resentimiento, fué natural el odio en tiempos de acerbas, de crueles luchas; pero hoy, ley de amor debe presidir nuestras relaciones con la Madre Patria. Sus dolores son nuestros dolores, sus errores nuestros errores, sus alegrías son nuestras alegrías, sus glorias son nuestras glorias, su historia es nuestra historia, y a buen seguro, en lo porvenir, sus destinos serán nuestros destinos».

Sí, ley de amor debe regir nuestras relaciones con España y trabajemos tesoneramente por hacer triunfar la doctrina de unificar los destinos espirituales de las repúblicas hispanoamericanas con los destinos de la misma índole de la Madre Patria. Esa bella unión ideal que perseguimos, salvará nuestra civilización del abismo en que se la quiere hundir por los pueblos que favorecidos por la fortuna, se han arrogado el derecho de velar por los destinos de nuestros pueblos en contra de nuestras propias aspiraciones.

ALIGHIERI.

SF972.802
C355.8r

I.023488
N001836

INDICE

	<u>PAG.</u>
Acta del Jurado calificador.....	3
Examen.....	5
Prólogo.....	7
I. El deber de América.....	9
II. La civilización española.....	13
III. Raza española.....	19
IV. Heroísmo Ibero.....	23
V. Arte y literatura.....	27
VI. Patria.....	33
VII. Cristóbal Colón.....	37
VIII. Descubrimiento de América.....	41
IX. Reina Isabel.....	45
X. Dependencia de América.....	49